



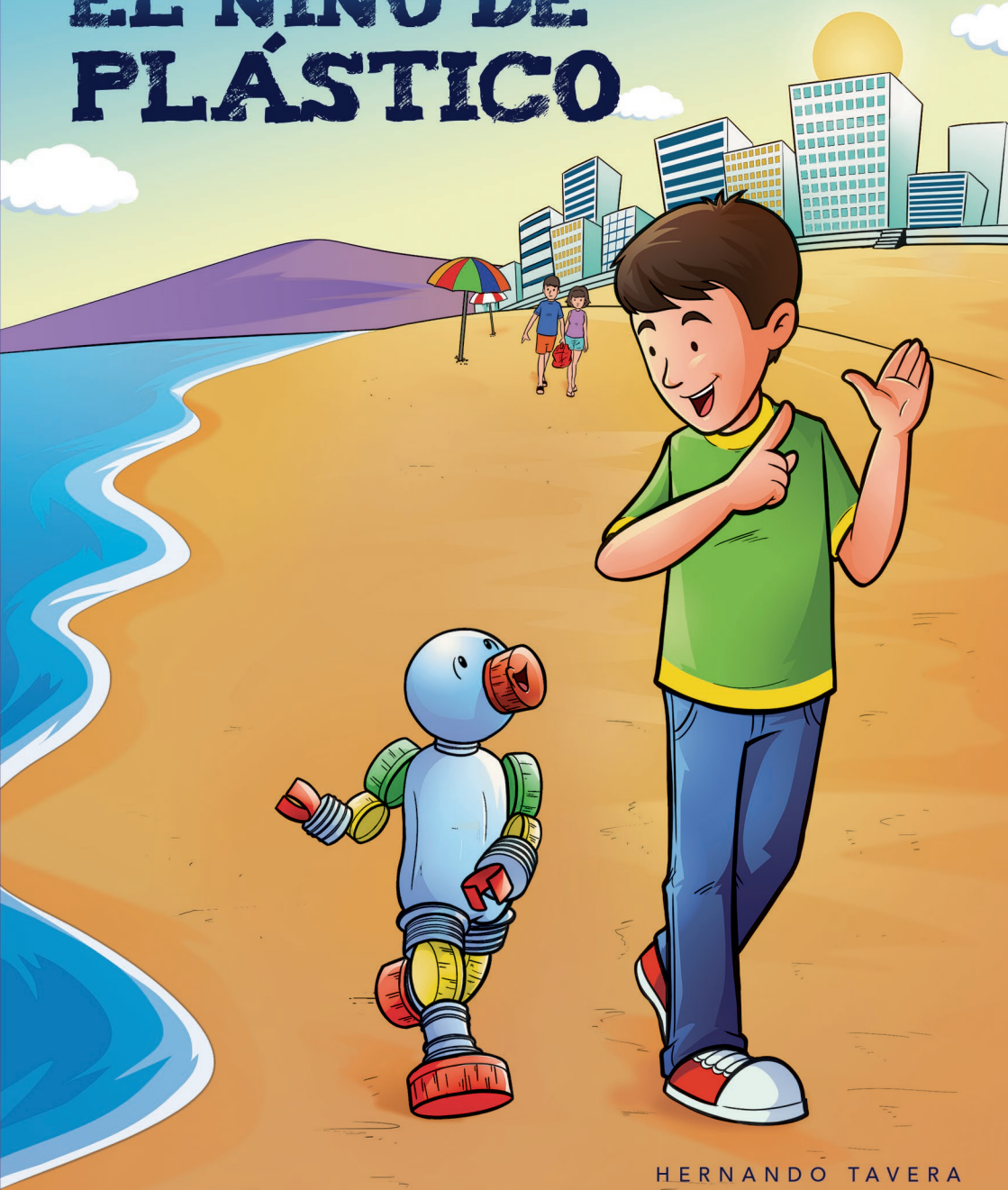
PERÚ

Ministerio
del Ambiente

Instituto
Geofísico del Perú - IGP



EL NIÑO DE PLÁSTICO



HERNANDO TAVERA



EL NIÑO DE PLÁSTICO

HERNANDO TAVERA

Ideas y realización

Hernando Tavera

Dirección de arte

Luis Miguel Ybañez

Dibujo e ilustración

Cristina Arteta

Evelyn Rojas

Franz Montoya

Luis Miguel Ybañez

Diseño y diagramación

Luis Miguel Ybañez

© Propiedad intelectual: Hernando Tavera

© Primera edición, diciembre 2018

Editorial

Instituto Geofísico del Perú

Calle Badajoz 169 Urbanización Mayorazgo IV Etapa, Ate

Teléfono: 317 2300

www.igp.gob.pe

Editores

Hernando Tavera

Fernando Gutiérrez

Hecho depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2018-20280

ISBN: 978-612-47606-5-5

Impreso en Perú por:

INVERSIONES IAKOB S.A.C.

Telf. (051-1) 2963911

Dirección: Av. Iquitos 1481 – La Victoria

Tiraje: 3000 ejemplares

Fecha de impresión, Diciembre 2018 - Lima, Perú

Está prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin la autorización expresa del autor.



“Ciencia para protegernos,
ciencia para avanzar”

DEDICADO A:

Dra. Fabiola Muñoz, Ministra de Ambiente, por el esfuerzo que realiza cada día para eliminar el uso del plástico en el país, principal elemento de contaminación en nuestras playas.

*Dra. Elsa Galarza, Ex Ministra de Ambiente, por iniciar el camino hacia un país sin contaminación.
"Infórmate para Prevenir"*

H.T.

PRÓLOGO

El cuento relata la historia de Miguel, un joven universitario que se interesa por descubrir los motivos por los cuales la población de su ciudad tiene la costumbre de echar basura, bolsas y botellas de plástico a las calles, parques y playas. En estas circunstancias conoce a Hugo, un muñeco de plástico que sueña con ser un niño después de haberle prometido a Dios que limpiaría la playa de su ciudad. Ambos amigos buscan a Dios para que cumpla con su promesa y esperando una respuesta, Hugo se queda dormido. Al día siguiente, Hugo se despierta convertido en un niño y junto a Miguel recorren la ciudad divirtiéndose hasta la medianoche, momento en que Hugo, según su promesa a Dios, sube a un pedestal ubicado en el parque cercano a la playa. Al día siguiente, Miguel busca en el parque a Hugo hasta encontrarlo convertido en un monumento, tenía los brazos abiertos y la mirada fija hacia el mar. El monumento al Niño de Plástico es un recordatorio para que todos seamos responsables y no sigamos contaminando las playas con bolsas y botellas de plástico.





Era media tarde del último día de la semana. Miguel se encontraba sentado en el parque de su universidad, venía estudiando desde hace apenas 3 meses. Desde su posición, veía ir y venir de los estudiantes, pero en su mente estaban las imágenes sorprendentes que había mostrado la Ministra del Ambiente durante su conferencia en el Congreso de Cambio Climático realizado en su universidad. En ellas se veía una gran cantidad de basura y residuos plásticos en las calles y parques, pero sobretodo en sus playas. Aunque su mirada estaba perdida, en realidad Miguel se preguntaba por qué habíamos llegado a ser tan irresponsables. Estamos contaminando nuestra ciudad, nuestro mar y lo peor de todo, causamos un daño irreparable a las personas, ya que cada año se incrementa el número de enfermos por contaminación en nuestro país.

Por la noche, Miguel estaba en su casa y como al día siguiente era fin de semana, había decidido ir a recorrer algunos de los distritos mencionados en la conferencia. Deseaba convencerse de la existencia



de tantos basurales en las calles y parques, ya que para él era difícil comprender cómo las personas están contaminando y destruyendo nuestro mundo.

Empezó un nuevo día y Miguel se encontraba listo para salir de casa. Su papá le había explicado cómo llegar a dos de los distritos más populares de la ciudad. Llegar al primero le tomó media hora aproximadamente y al recorrer algunas de sus calles, llegó a ver gran cantidad de basura amontonada en las esquinas. El olor que reinaba en el lugar era nauseabundo; además, los perros rodeaban la basura para comer los residuos de alimentos. En su caminar, llegó hasta un mercado y fue ahí cuando vio a varias personas echando basura dentro de unos cilindros, deseaba acercarse más, pero el olor y las moscas no se lo permitían. Él veía que los perros y las personas parecían convivir sin ningún problema entre tanta basura. Miguel se acercó a una señora que terminaba de arrojar una bolsa de basura y le preguntó:



- Señora, ¿por qué echa más basura a la calle?

Ella respondió:

- *Si guardo la basura en mi puesto de venta, debido al olor no venderé nada. Total, algún día el basurero lo recogerá, pero a ti qué te importa mocoso.* - Concluyó.

Ante la respuesta, Miguel comprendió que el problema no está en ver tanta basura en las calles, sino en las personas que la botan. Este mismo escenario se repitió en el segundo distrito, aunque en este llegó a ver gallinas, perros y cerdos comiendo basura. Al final de su paseo, Miguel llegó a la siguiente conclusión: este es el resultado de la falta de cultura.

Ya por la tarde, Miguel regresó a su casa. Su papá estaba sentado en su escritorio revisando algunos documentos y al verlo le preguntó:

- ¿Dónde estuviste hijo?

- Estuve visitando algunos de los distritos de la ciudad, caminé por calles y mercados. Realmente, no comprendo cómo las personas pueden vivir entre tanta basura. Ellos botan la basura en veredas,



esquinas y parques con tanta libertad. Realmente sentí mucha vergüenza. ¡Es mi ciudad! ¡Es mi país!

Su padre sorprendido con tal reflexión, le habló sobre la variedad de culturas, creencias, necesidades e intereses, las cuales ponen en evidencia que se ha perdido el respeto por las personas y, simplemente, actúan como si fuesen las únicas en el mundo. Todo indica que no tienen conciencia para vivir en sociedad, en armonía con la naturaleza y con el deseo de construir una buena ciudad para todos, un mundo mejor para la humanidad.

Miguel escuchó todo con mucha atención, para luego ver a su padre ponerse de pie y poner su brazo sobre su hombro. Entonces, comprendió que no estaba solo y con una sonrisa le agradeció, por todo el apoyo que recibía de él.

- Bien hijo ¿qué harás ahora? - Le preguntó su padre.

- Mañana iré a la playa. En la conferencia que asistí mostraron imágenes de muchas playas llenas de basura y botellas de plástico, al parecer los peces y las aves mueren por la contaminación. Veré qué me encuentro esta vez.- Respondió Miguel.



El nuevo día inició con un poco de frío, pero aun así, Miguel salió de su casa llevando consigo su mochila rumbo a la playa más cercana a la ciudad y desde el bus que lo trasladaba miraba por la ventanilla con mucha atención cada calle que pasaba, tratando de recordar si eran las mismas que recorría cuando era pequeño. Durante el viaje, con cierto enojo, miraba montículos de basura en algunas esquinas, botellas de plástico en las veredas y pistas, pero su molestia fue mayor cuando vio echar, desde un auto en movimiento, papeles y una botella de plástico. Miguel estaba tan indignado que no se dio cuenta de que había llegado a su destino y por ello se desesperó por bajar del bus. Su paradero estaba cerca de un parque lleno de arbustos, plantas con flores muy coloridas y algunas piletas de agua. Desde allí, Miguel pudo ver el mar en su inmensidad. El parque era el inicio del sendero que lo llevaría a la playa. Era temprano y no había muchas personas, entonces Miguel aprovechó para caminar de un extremo a otro. En su caminar, no demoró en ver varias botellas de plástico botadas en la orilla de la playa y otras que el agua llevaba y traía con cada ola.



Pasaron algunas horas y Miguel llegó a un extremo de la playa, donde encontró gran cantidad de basura, bolsas y botellas de plástico. A pesar de los olores que emanaban, ya cansado, decidió sentarse en la parte alta de una roca, desde allí podía ver al mar y a las botellas que parecían jugar con el ir y venir de las olas. De pronto, llamó su atención lo que había detrás de todo el montículo de botellas. Alguien había colgado de un palo un muñeco construido con botellas de plástico, daba la impresión de ser un niño de pie mirando hacia el mar. Miguel pensó en la creatividad y destreza de quien construyó dicho muñeco, estaba hecho con tal precisión que si hablara no sería nada extraño.

Después de algunos minutos mirando al muñeco, Miguel desvió su mirada hacia el mar imaginando cómo serían las olas del tsunami, aquel del que tantas veces había escuchado hablar a su padre en conferencias y en programas de radio y televisión. De pronto el silencio del lugar fue interrumpido por la voz de un niño que decía:

- ¡Por favor, ayúdame!



Miguel giró su cabeza y miró a todos lados sin ver a nadie, pero nuevamente volvió a escuchar la misma voz:

- ¡Por favor, ayúdame!

Miguel sintió miedo porque estaba completamente solo y el único que podía haber dicho algo sería el muñeco de plástico y eso, era imposible. A Miguel le temblaba todo el cuerpo, pero aún así decidió mirar fijamente al muñeco a la espera de que hablara. Sabía que solo él tenía que ser quien hablaba.

Minutos después, Miguel, muy sorprendido, no podía creer lo que veía. El muñeco hecho con botellas de plástico empezó a extender sus brazos hacia él y le volvió a decir una y otra vez:

- ¡Por favor, ayúdame!

- ¡Por favor, ayúdame!

- ¡Por favor, ayúdame!



Miguel bajó rápidamente de las rocas y pisando las botellas de plástico se acercó al muñeco y le preguntó:

- ¿Eres tú quién habla?

No hubo respuesta y por lo tanto, Miguel se quedó más tranquilo porque era imposible que un muñeco hecho con botellas de plástico pueda hablar. Estando cerca, Miguel vio que el muñeco tenía dibujado los ojos sobre una botella de plástico que parecía ser su cabeza y su nariz y boca sobre una tapa de botella. Pero su sorpresa fue mayor al ver que de sus ojos brotaban lágrimas y el muñeco volvió a repetir:

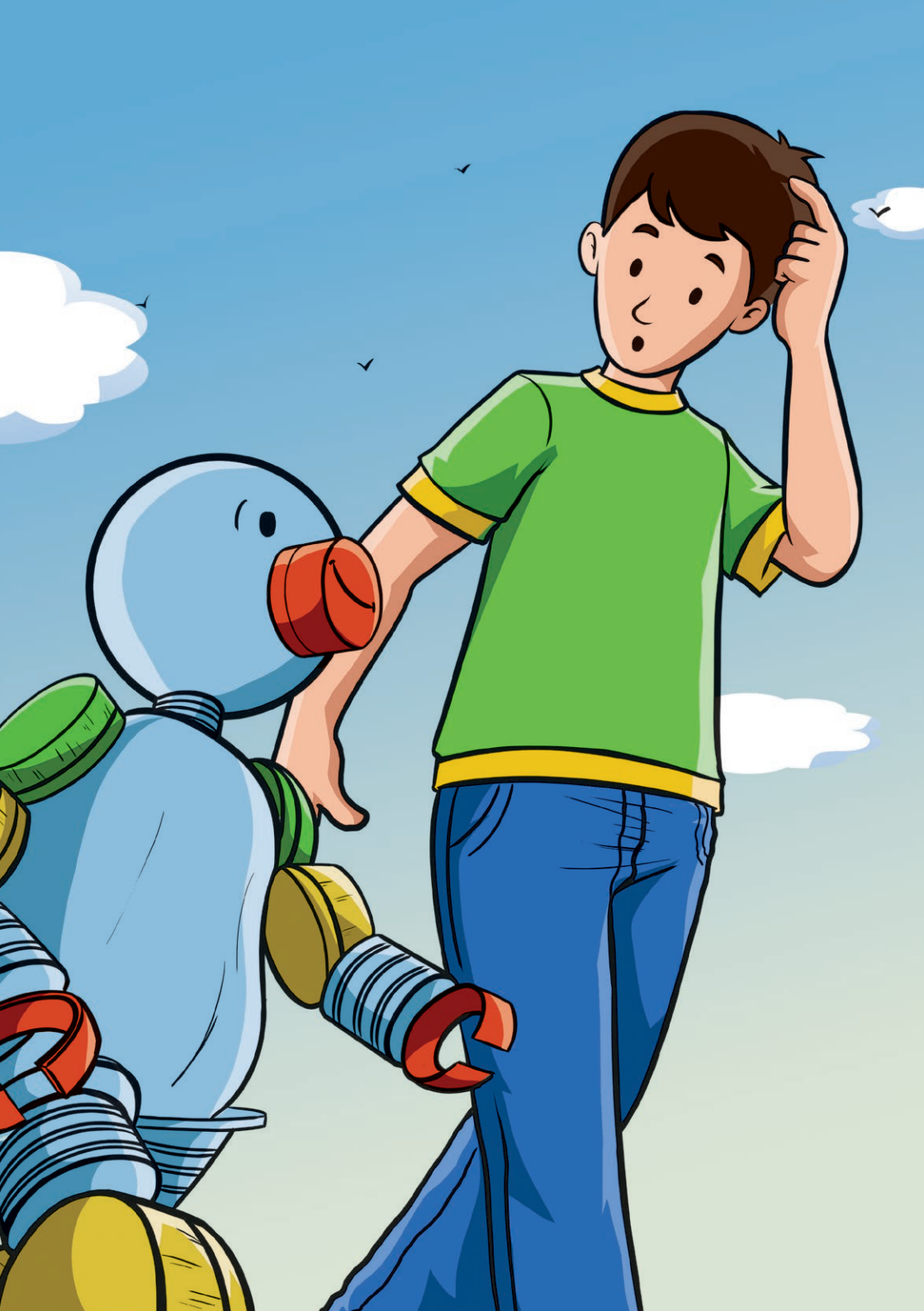
- ¡Por favor, ayúdame!

Miguel miró por muchos minutos al muñeco pensando si todo era un sueño; sin embargo, con mucho miedo se acercó y lo agarró de los brazos de plástico para decirle:

- Calmate y deja de llorar, iyo te ayudaré!

El muñeco movió sus brazos, sus ojos se hicieron más grandes y en su boca, se dibujó una gran sonrisa.

.- ¿Qué deseas que haga? - Repitió Miguel.



- Primero, báñame de este palo. Ya no deseo estar colgado.- Respondió el muñeco.

Miguel lo descolgó. El muñeco se puso de pie y empezó a caminar. Miguel no salía de su asombro por lo que sucedía delante de él, pero aun así, empezó a conversar con el muñeco hecho con botellas de plástico.

- ¿Cómo es que puedes hablar?

- ¿Qué haces aquí?

- ¿Quién te dio la forma de muñeco con tantas botellas? Preguntó Miguel.

El muñeco no dejaba de caminar y sonreír, pero al ver la cara de asombro de Miguel, decidió explicarle todo lo que le había sucedido:

- Hace dos semanas, vinieron a la playa hombres y mujeres con uniformes verdes a limpiarla. Ellos recogieron bolsas y botellas de plástico durante todo el día. Una de esas personas, una mujer, vio unas botellas colgadas del palo que me bañaste. Ella recogió otras botellas y comenzó a unir las una a una con



elásticos hasta darle la forma de un niño, lo hizo con tanta alegría que al retirarse, se alejó sonriendo. Al día siguiente, la misma señora volvió con un plumón, me dibujó los ojos y sobre la tapa de botella, mi nariz y boca. Cuando terminó, me miró sonriendo y dijo:

- Si Dios o su hijo Jesús te miraran, te darían vida y serías un niño de verdad; ese sería tu regalo, cuidarías la playa para que las personas no sigan echando basura y botellas de plástico al mar”.

Terminado su relato, el muñeco de plástico dijo:

- ¡Por favor!, ayúdame a limpiar la playa y si conoces a Dios o a su hijo, llévame con él, quiero ser un niño como tú.

Estas últimas palabras sonaron a súplica y ello conmovió a Miguel, pero aún así, no sabía cómo explicarle al muñeco que eso no era posible, pero él insistía. Finalmente, a Miguel no le quedó otra opción que decirle que lo ayudaría y que vería la manera de hablar con Dios o con su hijo Jesús.

Las horas habían pasado tan rápido que Miguel no se dio cuenta que ya estaba oscureciendo. Entonces,



procedió a despedirse del muñeco diciéndole que volvería al día siguiente para ayudar a limpiar la playa. Eso le dio confianza al muñeco, que se despidió de Miguel con una sonrisa. El muñeco de plástico al quedarse solo, caminó sobre las botellas, se echó a dormir y esperó el nuevo amanecer.

Miguel ya en su casa, encontró a su padre sentado en el sofá leyendo un libro junto a su mascota, un perrito chihuahua de nombre Clifort.

Después de saludar, empezó a contarle todo lo que le había sucedido y por la expresión del rostro de su padre, pensaba que él no le creía nada. Lo que Miguel no sabía, era que su padre conocía su capacidad para crear historias, lo había hecho desde siempre; por lo tanto, decidió seguirle el juego y le dijo:

- ¡Hiño! Si te has comprometido a ayudar a ese muñeco, debes hacerlo, pero no descuides tus estudios.

- ¡Papá! recuerda que esta semana no tengo clases, mis exámenes ya terminaron. - Dijo Miguel.

Su papá se puso de pie, le sonrió y le agarró la cabeza al momento que se trasladaba para encender la televisión, era hora del noticiero.



Un nuevo día, una nueva aventura. Ahora Miguel se preparaba para ir otra vez a la playa y ver si realmente todo lo que vivió el día anterior era cierto, si fue un sueño o solo una parte de su infinita imaginación. Ya en la playa, Miguel caminó por los mismos lugares del día anterior y quedó sorprendido al ver que los cerros de botellas de plástico ya no estaban, aunque en la playa aún había basura y botellas sobre la arena. Fue en ese momento que se preocupó por el muñeco de plástico,

- ¿Dónde estará?- Se preguntó.

Después de buscarlo por todos lados y al no encontrarlo, decidió regresar a casa, pero esta vez su caminar era lento, como si esperara a que el muñeco apareciera.

- Entonces, ¿me vas a ayudar?- Dijo el muñeco.

La voz que salía del mar hizo que Miguel se diera vuelta y ante su sorpresa vio al muñeco de plástico caminado por la orilla, estaba completamente mojado. Miguel le preguntó:



- ¿Qué es lo que haces?

Y el muñeco respondió:

-¿Recuerdas que debo limpiar las playas para que Dios me reciba y me convierta en un niño como tú? Es por este motivo que empecé temprano, me introducía en el mar para recoger las botellas y basura que se encuentran en el fondo.

Miguel comprendió lo que el muñeco hacía y también que era muy insistente con su trabajo.

- ¿Me vas a ayudar?- Preguntó el muñeco avanzando hacia Miguel.

- Sí, te ayudaré, pero antes debemos ser amigos. Mi nombre es Miguel, ¿y el tuyo?

Miguel quedó sorprendido por la pregunta que hacía, había olvidado que hablaba con un muñeco hecho con botellas de plástico y por lo tanto, no tendría nombre. Pero el muñeco se agachó y recogió de la arena una hoja vieja y sucia, parecía ser de un libro, la levantó y miró las letras y figuras que en ella había y luego dijo:

- ¡Hugo! Me llamo Hugo, tal como dice aquí.



Miguel miró la foto de la hoja y sorprendido dijo:
-Qué bueno que sepas leer y me gusta tu nombre, iyo te ayudaré!

- ¡Gracias Miguel! Recuerda que si logramos terminar la tarea me llevarás a conocer a Dios y a su hijo Jesús para que me conviertan en un niño como tú.
- Terminó diciendo Hugo.

- De acuerdo, pero hasta que eso ocurra, serás mi amigo Hugo, el niño de plástico. - Dijo Miguel.

Miguel y Hugo comenzaron su tarea. Caminaban por la playa y a su paso juntaban botellas y bolsas de plástico, para luego amontonarlas cada cierto tramo. Por suerte la playa estaba casi vacía, eso ayudaba en la recolección.

Durante los días siguientes el trabajo de ambos fue similar, pero cuando Miguel llegaba a la playa siempre encontraba a Hugo recogiendo las botellas de plástico, que eran arrojadas por el mar con cada ola. Hugo al verlo llegar, le decía:

- Miguel, yo madrugué y te gané, siempre con una sonrisa en su cara de plástico.



Llegó el fin de semana y Miguel, en su caminar hacia la playa, pensaba que al ser sábado sería un día difícil porque muchas personas asistirán a la playa y al terminar la tarde el trabajo será mayor porque tendrán que recoger mucha basura. También se preguntaba dónde estará escondido Hugo y si seguirá metiéndose al mar a sacar más botellas y basura. Ya en la playa, Miguel comprueba que tenía mucha razón. Había cientos de personas en sus carpas de playa y muchos niños corriendo, jugando con la arena y otros detrás de una pelota. Con preocupación, comenzó a caminar por la playa buscando a su amigo, miraba hacia el mar esperando verlo salir, pero Hugo no aparecía por ningún lado. La preocupación de Miguel aumentó, se veía en su rostro triste y en su caminar lento.

Horas después, el sol comenzaba a quemar más y Miguel seguía caminando por la playa buscando a su amigo. De pronto, vio a niños que gritaban y se empujaban entre ellos, se acercó lentamente y con asombro vio que los niños lanzaban al aire al muñeco de plástico y cuando descendía lo jalaban de los brazos y piernas. Miguel corrió y logró coger a Hugo cuando era lanzado



al aire para luego alejarse del lugar muy de prisa. En su caminar, sacudía y limpiaba la arena pegada en el cuerpo del muñeco. Cuando Hugo estuvo completamente limpio, ambos decidieron sentarse sobre la arena para mirar el mar en completo silencio.

Pasaron varios minutos y fue Hugo quien rompió el silencio para preguntar:

- Miguel ¿a qué te dedicas?

Miguel había esperado mucho esta pregunta y por ello procedió a dar rápida respuesta:

- Estoy estudiando Ingeniería civil en la universidad. Me gusta mucho ver cómo construyen los grandes edificios, ver a los obreros como de piedra en piedra y de ladrillo en ladrillo, puede levantar edificios tan altos. Quisiera construir uno que llegue hasta el cielo.

- ¿Allí donde vive Dios y su hijo Jesús?- Preguntó Hugo.

- Bueno, solo es una manera de decir que el edificio tiene que ser muy alto.- Replicó Miguel.



Rápidamente y sin pensarlo mucho, Hugo continuó con la conversación diciendo:

- Yo también quiero ir a la universidad para estudiar como tú, que me enseñen a cuidar el mar, a los peces y a limpiar las playas. También quiero construir cosas bonitas con tanto plástico que las personas echan en la playa.

Hugo dijo todo esto con tanta seguridad que, al final, ambos amigos se dieron un fuerte apretón de manos.

El día terminaba, el sol ya se ocultaba y también la playa se iba quedando vacía; Miguel y Hugo comprendieron que era el momento ideal para recoger todas las botellas y bolsas de plástico. Al final de la tarea realizada, estuvieron agotados, nunca pensaron que trabajarían tanto y que juntarían tantas botellas. Ambos se miraron y se preguntaron, qué podrían hacer para que las personas ayuden y sean ellas quienes lleven las botellas y bolsas plásticas a los depósitos.



Al parecer no había forma de hacer dicha tarea, pero Hugo dijo algo muy importante:

- El problema no es recoger la basura, el problema es botar la basura en el sitio incorrecto; por lo tanto, debemos educar a las personas.

Miguel entendió lo que Hugo quería decir, por ello se le ocurrió un plan y muy entusiasmado procedió a contárselo a su amigo. Ambos recorrerían la playa para enseñarles a las personas lo que tienen que hacer para que no dejen las botellas tiradas y la basura enterrada bajo la arena. Miguel llevaría a Hugo como si fuera su títere parlanchín dando mensajes educativos. Hugo aplaudió la gran idea de Miguel y le dijo que lo estaría esperando al día siguiente con gran ansiedad. Ambos amigos se despidieron con un fuerte abrazo.



Empezó el nuevo día, era domingo y Miguel desayunó en compañía de sus padres, para luego salir rápidamente de su casa llevando en su mochila lo necesario para realizar su plan. En la playa, Hugo esperaba a Miguel escondido detrás de unas rocas y al verlo llegar salió corriendo para darle un abrazo, saltando y riendo le dijo:

- ¡Empecemos ahora, por favor!

Miguel abrió su mochila y sacó ropa que empezó a ponérsela. Se puso una camisa amarilla, zapatillas verdes, un gorro de color rojo y luego se pintó las mejillas, cual payasito de feria. Asimismo, procedió a amarrar varios hilos a las manos, pies y cabeza de Hugo, con el objetivo de convertirlo en un títere. ¡Un niño de plástico que hace de títere manejado por hilos! Si señor. Todo preparado, ambos esperaron a que las playas empiecen a llenarse de personas para poner en práctica su plan.



Finalmente, el plan se inicia y Miguel avanza por la playa moviendo los hilos que hacen caminar a Hugo. Empezaron conversando con algunos niños, quienes sorprendidos al ver al niño de plástico parlanchín, entre risas empezaron a formar un círculo. El títere daría un mensaje y luego cantaría una hermosa canción en homenaje al mar, al menos eso les dijo Miguel a todas las personas.

- ¡No debemos botar las bolsas ni las botellas de plástico en la playa, ellas contaminan el mar!- Decía Hugo con voz gruesa y al estilo reggaetón, haciendo reír a quienes lo escuchaban.

- Imagínense ustedes que un día vayamos a comer pescado y que todos sean de plástico o que ya no hayan peces en el mar, todos estarían muertos por la contaminación. ¿Qué vamos a comer? Nada señores, nada y todo porque somos irresponsables.

- ¡Noooo!- Respondieron los niños en coro.

- Entonces, ¿por qué botamos la basura en la playa?



¡Nosotros mismos nos estamos haciendo mucho daño! ¡Comprendan por favor! - Decía Hugo.

- Generamos basura y en lugar de llevarla a los contenedores que están a la salida de la playa, la enterramos en la arena. ¿A ustedes les gustaría que los peces dejen su basura en la puerta de sus casas?- Preguntó mirando a todo su público.

- Nooooo! - Respondieron los niños en coro.

Al final, todas las personas lo aplaudieron y es cuando Miguel decidió hablar y dijo:

- Señores, señoras, jóvenes y niños, esperamos que hayan comprendido nuestro mensaje. Si seguimos botando bolsas, botellas de plástico y basura al mar, solamente estamos matando a los peces, después nos quedaremos sin comida o como dice mi amigo, un día comeremos ceviche con pescado de plástico. ¡Por favor, seamos responsables, enseñemos a nuestros hijos a tener cultura de prevención, el futuro de nuestra ciudad, de nuestro país, de nuestro mundo, depende de nosotros! Ahora, mi títere y yo les cantaremos una canción. ¡Escuchen por favor! Espero que todos canten con nosotros. -Terminó diciendo Miguel.



Soy un lenguado que feliz vivo en el mar
Todos los días salgo a comer y a nadar
Voy paseando y jugando por el bosque marino
Pronto ayudaré a un niño a crecer y eso me hace feliz
Ayer el agua estuvo de color negro
y mi mamá me dice que estoy enfermo
Me quedo ciego, no puedo mover mis aletitas
Mucha basura y botellas de plástico han invadido
mi jardín
Estoy triste, mis lágrimas se mezclan con el agua del mar
ya no ayudaré a crecer a los niños
Por favor, ¡basura no!, ¡botellas no!, ¡vida sí
Por favor basura no, botellas no, vida sí, vida sí, vida sí.





Miguel y Hugo repitieron las mismas escenas todo el día, llegando a terminar agotados y sentados en un extremo de la playa. Hugo miraba el disfraz de Miguel y riéndose le dijo:

- ¡Con tantos colores pareces una carpa de circo!

Miguel miró muy serio a Hugo por lo que había dicho, pero luego ambos rieron a carcajadas, estaban muy contentos por todo el trabajo que habían hecho, confiaban en que las personas seguirían sus consejos.

Las horas pasaron y el sol comenzaba a esconderse, entonces Miguel y Hugo decidieron dar un recorrido y ¡sorpresa!, toda la playa estaba completamente limpia, no encontraron basura ni botellas de plástico por ningún lado.

- ¡Vamos a mirar los contenedores de basura! - Dijo Hugo.

Los contenedores estaban llenos, la basura y las botellas de plástico estaban bien ordenadas, las personas habían seguido todas sus recomendaciones. Este mismo escenario se repetía a lo largo de toda la playa, todo estaba muy limpio.



Al terminar su recorrido, Miguel y Hugo se abrazaron una y otra vez, ambos estaban realmente muy felices, su plan y el trabajo realizado fue un éxito, la playa estaba muy limpia.

El día había terminado y Miguel procedió a despedirse de su amigo, pero Hugo lo detuvo del brazo y le dijo:

- ¡Por favor, ahora que ya cumplimos con la tarea de limpiar la playa, llévame a conocer a Dios o a su hijo, necesito hablarle, quiero convertirme en un niño como tú, ayúdame!

Miguel no sabía qué responder, se puso nervioso y mirando al cielo, cerró los ojos y pidió ayuda para saber qué hacer. Segundos después, miró a Hugo y le dijo:

- Mañana vendré y te llevaré a ver a Jesús, como tú ya sabes, él es el hijo de Dios.

Al escuchar esto, Hugo saltó de alegría y dijo en voz alta:

- ¡No dormiré esperándote! ¡Seré un niño! ¡Seré un niño!



La semana inició con un día de sol. Miguel asistió a la universidad y por la tarde se trasladó a la playa para buscar a su amigo. Hugo, estaba sentado en una roca mirando el mar y al darse cuenta de la llegada de Miguel, saltó y corrió para darle un abrazo y decirle:

- Vamos, llegó el gran día, vamos por favor, debo conocer a Jesús, el hijo de Dios.

Miguel le tomó el hombro y le dijo:

- Iremos, pero antes debo pasarte un paño húmedo para limpiar y retirar toda la arena que tienes en tu cuerpo.

Terminada la tarea, Miguel llevó al niño de plástico en sus brazos, primero por algunas calles y luego en bus hasta la iglesia de Las Nazarenas. Allí se encuentra la imagen del Señor de los Milagros.

Una vez que llegaron al centro de la ciudad, ambos tuvieron que caminar por algunas calles para llegar a la iglesia y cuando Hugo la vio, simplemente dijo:



- La casa de Dios es muy hermosa, ¡parece un castillo!

Ambos ingresaron lentamente y avanzaron hacia la imagen del Señor de los Milagros. Hugo desde que la vio, se quedó hipnotizado, tenía la mirada fija y de sus ojos comenzaron a caer lágrimas. Después de unos minutos de silencio, dijo las siguientes palabras:

- ¡Jesús!, con la ayuda de mi amigo Miguel he cumplido la tarea que me han encargado, hemos limpiado la playa. Hemos enseñado a no ensuciarla y llevar la basura y botellas de plástico a los contenedores. Ya no morirán más peces, los niños podrán jugar en la arena y con las olas del mar sin enfermarse.

- ¡Jesús!, dile a tu papá que me ayude y me convierta en un niño, ¡quiero ser un niño de verdad!

Hugo se arrodilló y bajó la cabeza como si estuviese orando. Por su parte, Miguel sentado en una banca observaba en silencio, él también estaba llorando y era por las súplicas de Hugo, sabía que no tendrían resultado, él nunca sería un niño como todos.



Terminada la tarde, Miguel se acerca a Hugo, quien seguía arrodillado frente a la imagen del Señor de los Milagros y le dice:

- Debemos irnos, es tarde!

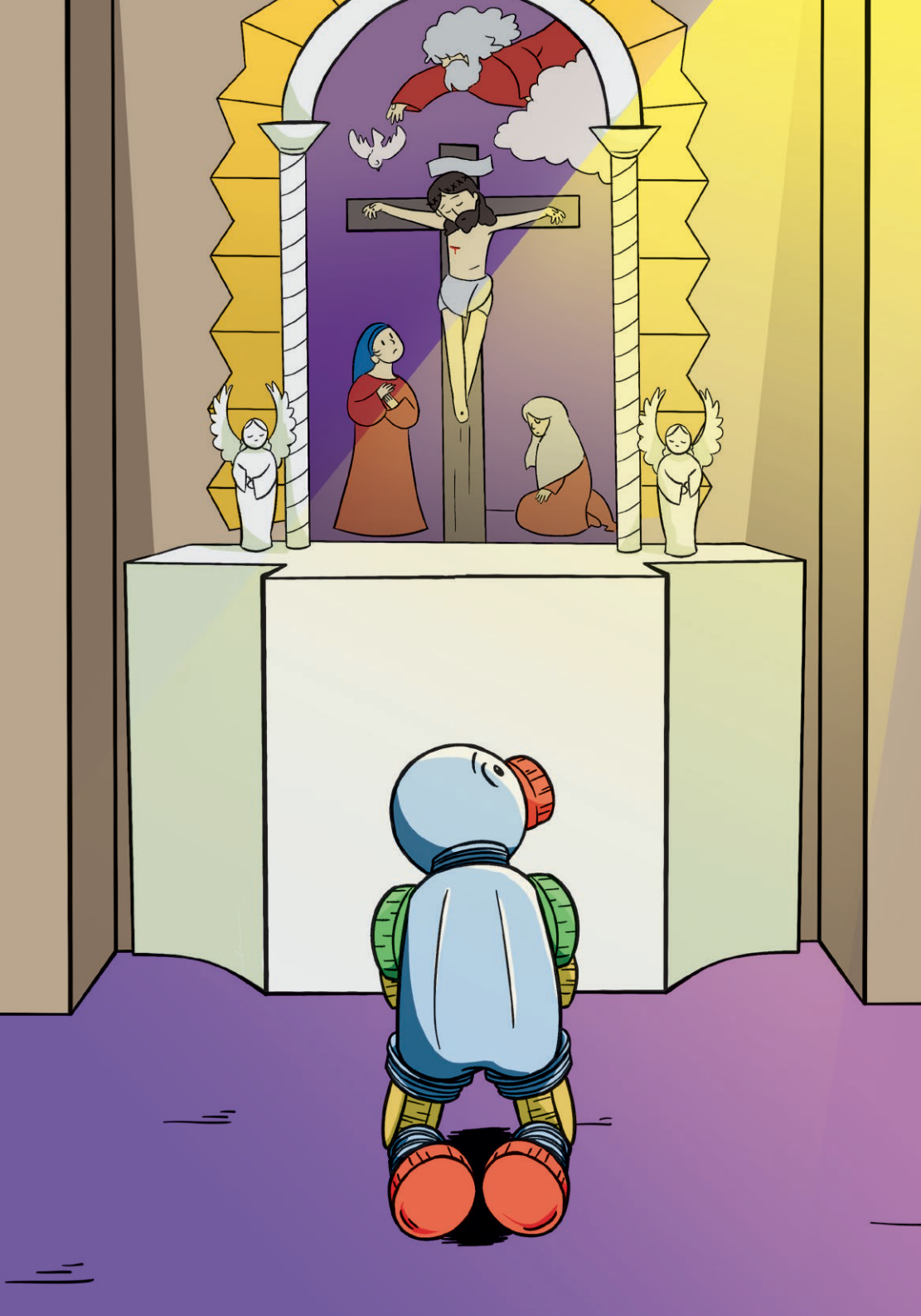
Hugo voltea la vista y dice:

- Miguel discúlpame, me has ayudado mucho, pero Dios me ha pedido que me quede aquí, él vendrá a verme, eso me ha dicho.

Miguel le explicó el peligro que representaba quedarse, nadie comprendería su presencia en la iglesia; pero Hugo insistió en quedarse, le pidió a Miguel que se vaya, que todo estaría bien y una vez más le dijo:

- Dios me ha dicho que vendrá a verme.

Miguel decidió retirarse, era tarde y sus padres se molestarían con él, ya que estuvo mucho tiempo fuera de casa. Él pensó que quizás sería la última vez que vería a su amigo, por eso se arrodilló y le dio un fuerte abrazo. Seguidamente, procedió a retirarse,



sin darse cuenta que de sus ojos caían lágrimas, saco su pañuelo y limpió su rostro.

El día se oscureció, ya era de noche, la iglesia estaba vacía y el único ruido que se escuchaba era el realizado por el cura, quien cerraba la iglesia sin darse cuenta de la presencia de Hugo. Él seguía de rodillas frente a la imagen del Señor de los Milagros. Pasaron las horas y Hugo seguía orando y pidiendo a Dios que lo convierta en un niño, su súplica era muy insistente y había llorado tanto que la iglesia podría haber terminado inundada.

De pronto, el interior de la iglesia se iluminó, la luz parecía venir de la ventana; Hugo levanta su cabeza y escucha una voz que le dice:

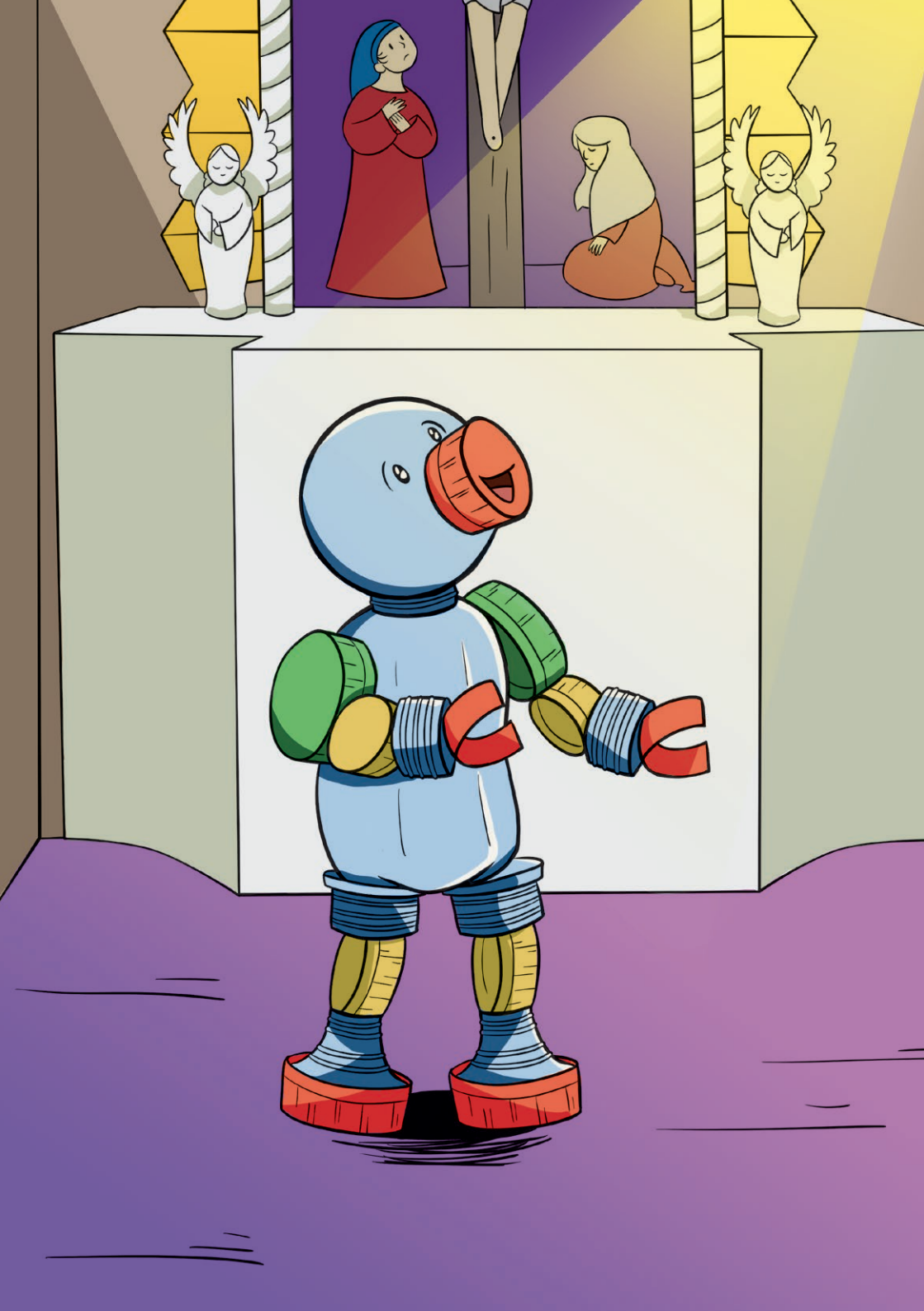
- ¡Hola Hugo!, ¿me buscabas?

- ¡Sí! - Respondió Hugo.

- ¿Tú eres Dios? - Preguntó.

Al no tener respuesta, Hugo decide seguir hablando:

- Por favor cumple con tu promesa, ideseo ser un



niño!, ya limpié la playa, ya no hay basura, ni bolsas, ni botellas de plástico; los peces vivirán felices, ya no habrá contaminación.

- Cumpliré con mi promesa, pero solo podrás ser un niño por un día, ¿estás de acuerdo? - Dijo Dios.

- ¡Sí! Te voy agradecer siempre, seré el niño más feliz del mundo. - Respondió Hugo muy contento.

Dios continuó hablándole:

- Mañana vendrá a buscarte tu amigo Miguel, podrás ir con él a pasear por la ciudad y jugar como cualquier otro niño, pero por la noche debes volver a la playa.

- Allí, antes de bajar por el sendero, verás un parque y en el centro encontrarás un pedestal, debes subir a ese pedestal antes de la media noche, ¿me lo prometes?

Hugo sin pensarlo respondió afirmativamente, con una enorme sonrisa y con los ojos brillosos.

- Muy bien, ahora duerme por favor, mañana te espera un hermoso día. - Dijo Dios.



Al día siguiente, Miguel se levantó temprano porque tenía que ir a clases; sin embargo, estaba pensativo, había soñado con Dios, al menos eso era lo que pensaba y sintió un gran deseo de ir a buscar a Hugo. Miguel salió de su casa y sin darse cuenta había subido al bus que lo llevaría a la iglesia de Las Nazarenas. Al llegar, fue directamente hacia la imagen del Señor de los Milagros y grande fue su sorpresa al ver al niño de plástico en el mismo lugar, pero ahora era un niño de verdad. Estaba durmiendo en el piso y vestía con pantalón, polo y zapatillas, todo listo como para salir de paseo. Miguel se acercó y tocándole la cabeza comenzó a despertarlo.

- Hugo, ¿eres tú? Despierta por favor.

Hugo despertó y rápidamente se puso de pie y al ver a Miguel con los ojos desorbitados, lo abraza y sonriendo le dice:

- Mirame, ¡soy un niño! ¡Soy un niño de verdad!

Hugo repitió lo mismo tantas veces que los primeros asistentes a la iglesia le pidieron callarse. Miguel y Hugo se miraron y sin decir palabra alguna se apuraron para salir.



Miguel y Hugo iniciaron su día caminando por la plaza principal de la ciudad, mirando tiendas y los monumentos de las plazas y parques, siempre sorprendidos por todo lo que veían a su paso. Miguel estaba feliz porque volvía a sentirse un niño y Hugo se sentía igual de feliz, comiendo dulces y los helados que compraban a cada momento. En su caminar, llegaron a un parque muy grande, allí algunos niños los invitaron a jugar fútbol. Hugo se dio cuenta de que era muy bueno en el juego y con cada gol que metía en el arco contrario corría y abrazaba a Miguel, siempre riendo los dos. Por la tarde, decidieron ir al zoológico y allí Hugo se sintió más feliz aún, mirando a todos los animales. Él solo había visto peces y ahora veía leones, tigres, jirafas, camellos, osos, canguros, monos, aves y todo tipo de insectos.

Después del paseo, Miguel pensó que podrían aprovechar parte de la noche asistiendo al cine que estaba cerca de la playa. Durante la película, Hugo quedó maravillado con las travesuras del Oso Bonnie, reía a carcajadas con cada escena, realmente era un niño feliz.



Al salir del cine, Hugo le tomó la mano a Miguel y ambos comenzaron a reírse de todas las aventuras del Oso Bonnie, realmente se sentían muy felices. Después de andar por algunas calles, Miguel le pidió que le contara todo lo que había hablado con Dios. Hugo lo miró fijamente a los ojos y le dijo:

- Tengo que llegar al parque que está cerca de la playa antes de la medianoche.

Miguel miró a Hugo y sin decir nada, siguieron avanzando por las calles que ya estaban completamente iluminadas con luces de colores. Finalmente, y sin darse cuenta, llegaron a su destino.

El parque estaba al inicio del sendero que conduce a la playa y ambos decidieron sentarse en una de sus bancas. Cuando lo hicieron, Hugo se dio cuenta de que en el parque había un pedestal, tal como Dios le había dicho, entonces miró a Miguel y le preguntó:

- ¿Qué hora es?

- Faltan 25 minutos para la medianoche y ya debo irme, mis padres estarán muy preocupados, ya los



llamé por celular mientras caminábamos, pero de todas maneras estarán preocupados, debo irme.- Respondió Miguel.

Hugo tomó de la mano a Miguel y procedió a contarle el final de la conversación que tuvo con Dios. Miguel sorprendido pudo confirmar toda la historia cuando vio en el parque el pedestal descrito por su amigo. Miguel miró a Hugo, luego se puso de pie y con una suave tartamudez en su voz dijo:

- Hugo, he pasado un día muy bonito contigo, me divertí mucho. Tú has sido mi hermano menor y aunque no lo creas, recién hoy conocí mucho de mi ciudad y me alegra haberlo hecho contigo, nunca te voy a olvidar, siempre estarás en mi corazón.

Por su parte, Hugo se subió a la banca donde antes estuvo sentado y abrazando a Miguel, le dijo:

- He sido el niño más feliz del mundo, tú has sido y serás siempre mi amigo y mi hermano mayor, me has cuidado mucho. Cuando vea a Dios le pediré que siempre te cuide para que seas un gran hombre, un ingeniero civil que construya el edificio más alto del



mundo, que llegue hasta el cielo y yo te esperaré en la azotea para jugar juntos otra vez.

Dicho esto, ambos amigos se abrazaron sin soltarse por mucho tiempo. Miguel se separó y comenzó a alejarse de su amigo; mientras lo hacía, lloraba, sentía un dolor muy fuerte porque dejaba atrás a alguien muy importante en su vida, su amigo, su hermano. Por su parte, Hugo se quedó inmóvil mirando a su amigo alejarse, las lágrimas brotaban de sus ojos, pero ahora era por dos motivos: de tristeza porque se separaba de su amigo y de alegría, porque cumplió su sueño de ser un niño de verdad.

Los últimos minutos de la noche estaban por llegar y Hugo decide subir al pedestal tal como Dios le había indicado, y ya arriba se quedó maravillado porque podía ver todo el mar frente a él. Después de algunos segundos, Hugo fue sorprendido por una luz que desde el cielo lo iluminó, él levantó los brazos, la miró con ojos brillantes y una sonrisa angelical dibujada en su rostro. Hugo sabía que era Dios quien había venido a buscarlo.



Al día siguiente, después de salir de clases, Miguel decidió ir a la playa para ver qué había pasado con Hugo.

Al llegar al parque donde ambos se despidieron, se sorprendió al ver a la distancia, un nuevo monumento. Avanzó lentamente hacia él, y pudo ver sobre el pedestal la estatua de un niño de plástico que miraba al mar con los brazos extendidos al cielo. Miguel bajó la mirada hacia la base del pedestal para leer lo que estaba escrito en la placa:

Este niño de plástico se llama Hugo y junto a su amigo Miguel, limpiaron esta playa para que ustedes puedan vivir sin contaminación y en armonía con la naturaleza.

Ahora tú debes ayudarnos a mantenerla siempre limpia; no botes basura, bolsas, ni botellas de plástico.

No contamines el mundo que he creado para ustedes.

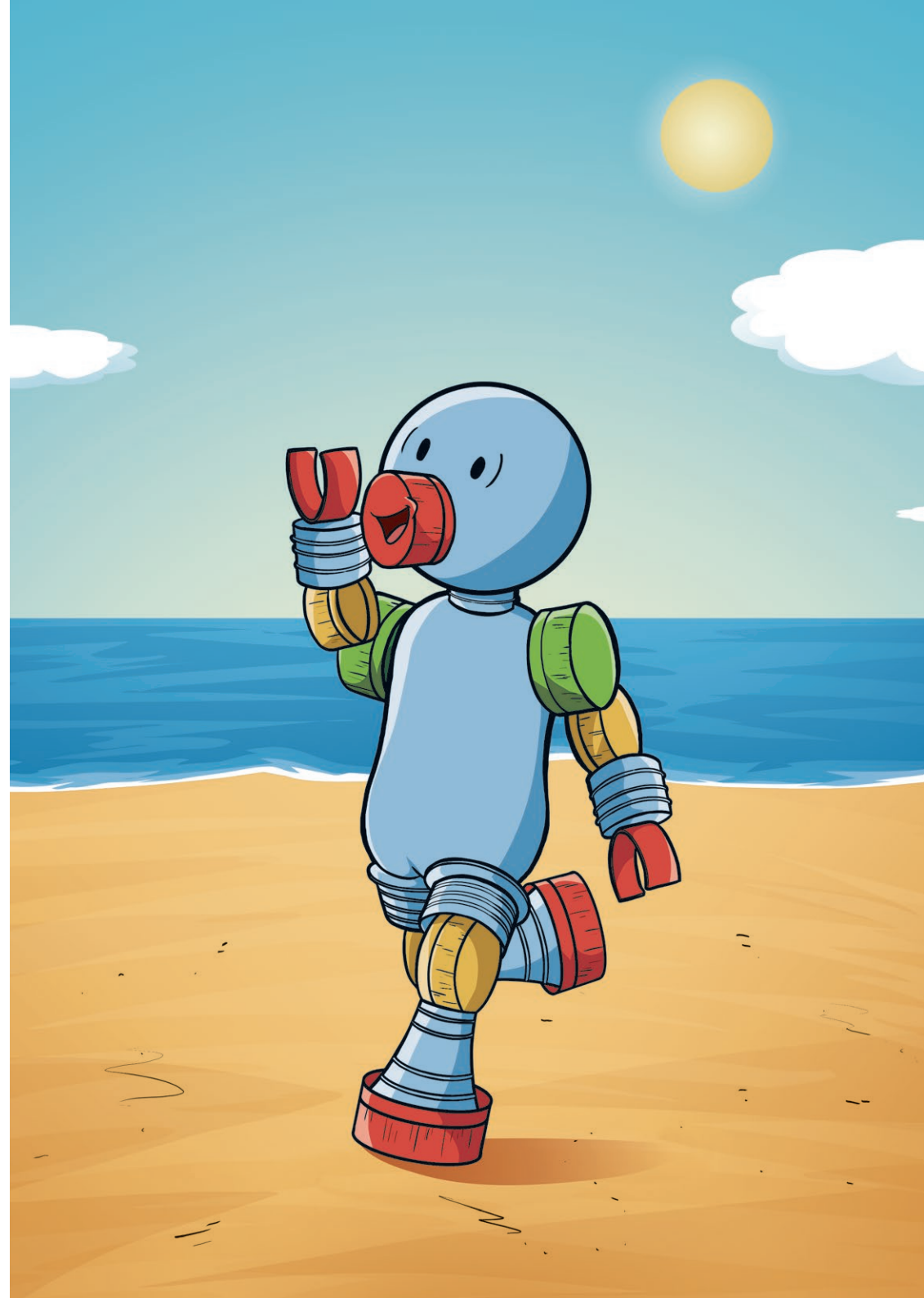
Con amor, Dios.



SOBRE EL AUTOR

Hernando Tavera, ingeniero
Geofísico de la Universidad
Nacional de San Agustín
(Arequipa), Doctor y
Magister en sismología.
Actualmente, es Presidente
Ejecutivo del Instituto
Geofísico del Perú.

Hernando Tavera sostiene
que la **“Cultura es la
semilla de un nuevo
país y esa semilla
son nuestros niños,
inspiración de un mundo
mejor para todos”**.





Instituto Geofísico del Perú
Calle Badajoz 169, Urb. Mayorazgo IV Etapa,
Ate, Lima, Perú
Central Telefónica: (511) 317 2300

 www.igp.gob.pe
 [/igp.peru](https://www.facebook.com/igp.peru)
 [@igp_peru](https://twitter.com/igp_peru)
 [@igp.peru](https://www.instagram.com/igp.peru)
 [/igp_videos](https://www.youtube.com/igp_videos)